

—Si mis amigos me sirven bien, yo seré conde de la Marche aun cuando el rey se volviera otra vez niño; y si tú me ayudas, Guillermo de Soles, aumentarán tus dominios de suerte que se extiendan desde el otro lado del río Tarbés hasta el Cher. Poseerás á Champhan, Le Chatelet y Evaux; serás dueño de San Julián, Lagerete, Fontanières, Frayoles y Saint-Priest de Cambraille. Después de mí, conde de la Marche, tú serás el más poderoso señor de toda la provincia.

—¿Y qué hay que hacer para obtener todo eso?—preguntó vencido el de Soles.

—Será preciso comparecer ante la justicia cuando llegue la ocasión oportuna—respondió Graville—y declarar bajo juramento que la duquesa Isabel, allá en Gascuña, en el castillo de Armagnac, dió á luz una niña y no un niño.

Guillermo de Soles regresaba de Noyon llevando la noticia de una condenación á muerte, y debía, por lo tanto, creer que el negocio estaba ultimado, y ahora hallaba á los vencedores entretenidos en urdir una mezquina intriga sin importancia; esos hombres á quienes el Parlamento arrojaba la cabeza de su enemigo, se engolfaban en miserables bribonadas de curial y andaban á caza de falsos testigos.

Era, pues, preciso que el duque de Nemours, aun después de condenado, fuera bien fuerte y poderoso.

Guillermo, sofocado por el calor de aquella jornada de Agosto, se había quitado el casco, dejando así que en su rostro pudieran leerse las dudas que le atormentaban.

—¡Vamos!, Tarchino—dijo el de Graville, que parecía estar fatigado de tanto hablar,—explícale el fondo de este asunto, y luego que responda categóricamente *sí* ó *no* antes de cinco minutos.

El italiano tomó la palabra con alegre avidez y dijo á Guillermo de Soles lo siguiente:

—Mi querido señor, tememos sólo un acto de debilidad del rey; he aquí todo. En cierta visita que hizo el rey á la duquesa Isabel en su palacio de la Marche, visita á la cual asististeis vos como todos nosotros, el rey prometió á la duquesa que todo iría de bien en mejor...

—¡Pero el rey mentía!—interrumpió Guillermo.

—Es verdad, señor mío; sólo que de la misma manera que mintió á la duquesa, tememos nosotros que nos mienta también. A la hora presente, la duquesa espera á su esposo libre y está preparando ya las fiestas que deben celebrarse con motivo de este suceso. Nosotros esperamos, por el contrario, que caiga el golpe que ha de derribar una cabeza demasiado temida. ¿Quién se engaña, la duquesa ó nosotros? Vamos á averiguarlo en breve. No es el mismo camino el que conduce al mercado de París que el que va al palacio de la Marche. Si el duque de Nemours es llevado, como nos han prometido, al cadalso levantado junto al cementerio de los Inocentes, su escolta entrará en la ciudad por la poterna de Nicolás Hudrón; y nosotros, creedlo, nos guardaremos bien de interrumpir su marcha. Si, por el contrario, Jaime de Armagnac es conducido á su palacio de la Marche, según se le prometió á su esposa Isabel, su escolta dará la vuelta á la ciudad, viniendo á cruzar el río por la barca del Prado de los Clérigos, en cuyo caso tenemos ya apostados cincuenta hombres de pelo en pecho en la selva que se extiende por las afueras de la puerta Buzy.

—Entonces, ¿á qué vienen los falsos testimonios que pedís?—preguntó Guillermo de Soles.

—Mi querido señor—respondió el italiano,—cuando nuestros cincuenta hombres de armas hayan cumplido con su deber, se dirigirán al palacio de la

Marche, echando abajo sus puertas, y entonces no ha de quedar ni vestigio de la casa de Armagnac: tal es el programa. Pero el programa puede salir fallido. Supongamos que después de la muerte del duque de Nemours el niño Juan de Armagnac consiguiera fugarse: como su padre habría muerto á nuestras manos y no á las del verdugo, la confiscación no procedería en derecho. Nosotros no somos tan necios que hagamos daño por sólo el gusto de hacerlo; y aunque mi noble amo desee vengarse, cuando se trata de un Armagnac, quiere, como hombre de ingenio y talento, no sólo matarle, sino también heredar sus títulos y riquezas, para que la venganza sea más cumplida. En vista de todo eso, el que tiene el honor de hablaros, después de mucho buscar, contando con la valiosa ayuda de mi compañero Thibaut de Ferrières, que sirve aquí los intereses de la princesa Ana (que, como es sabido, trata de ganar para su esposo el ducado de Nemours); después de mucho buscar—repito—he hallado una niña que cuenta con exactitud la misma edad del heredero de Armagnac, y para colmo de fortuna, el tal angelito se asemeja á Isabel tanto, que bien pudiera pasar por hija suya. Hemos comprado ya el médico que en Gascuña hizo las veces de comadrón de la casa de Armagnac, cuyo testimonio sería desde luego irrecusable si ahora pudiéramos ya contar con el de un caballero tan noble como vos...

—¡Silencio!—dijo de súbito el de Graville, deteniendo sus pasos y aprestando el oído con ansiedad. Un ligero rumor, casi imperceptible, se oía en el fondo de los matorrales.

—Será alguna corza...—balbuceó Thibaut.

—Vamos á ver qué corza es ésa—dijo en voz muy baja, Tarchino.

Esto dicho, deslizóse con gran disimulo hasta lle-

gar á la espesura del bosque; al cabo de breves instantes oyóse remover los arbustos y malezas, y en seguida apareció de nuevo, llevando asido del pescuezo á un pobre diablo que jadeaba de miedo y fatiga. La luna, que no podía disipar la lobreguez que reinaba en el fondo de la selva, iluminaba con esplendidez el centro de la plazoleta en que conferenciaban nuestros interlocutores.

—¡El hermano Pacífico!—prorrumpió Guillermo de Soles.

—Mis buenos señores—murmuraba el pedagogo, más muerto que vivo,—¡tened piedad de mí!

El italiano desenvainó un puñal y dijo:

—Desde el momento que perteneces á la servidumbre del palacio de la Marche y que tiembles como un azogado, te acusas de haber oído todo lo que acabamos de decir.

Pacífico no tuvo siquiera energía para replicar; vió brillar el puñal sobre su cabeza, y cayó de rodillas medio exánime. El mismo Olivier de Graville fué quien detuvo el brazo de su perverso servidor y miserable consejero, mientras le preguntaba:

—¿A qué distancia se hallaba ese hombre cuando lo cazaste?

—A cincuenta toesas, poco más ó menos—replicó Tarchino;—pero, creedme, lo mejor sería hacerle enmudecer por toda la eternidad.

—Hablabamos muy quedo—dijo hablando consigo mismo, pero en alta voz, Graville;—y, no sé por qué, siempre he pensado que ese idiota podría hacerme juego en la cuestión de la futura *señorita* de Armagnac.

Estas últimas palabras las pronunció de manera que Pacífico no las pudiera oír.

Lo que Graville llamaba la *cuestión de la señorita de Armagnac* era la intriga urdida para que prevaleciera el engaño acerca de la supuesta sustitu-

ción de niños que ya conocen nuestros lectores. Hacia ya mucho tiempo que los enemigos de Armagnac habían hecho circular entre el vulgo este rumor, y la princesa Ana de Beaujeu sabía, mejor que nadie, quién había sido el autor de tal calumnia.

Graville se acercó á Guillermo de Soles y le dijo en voz baja:

—Si tú te niegas á declarar, he aquí uno que no se resistirá á hacerlo.

—Es lo que pedís un acto indigno de un caballero...—empezó á responder el de Soles.—En la traición se admiten también grados y jerarquías; así es que, á lo mejor, se encuentran bribones que no quieren hundirse en el cieno más que hasta la cintura.

—¡Suelta á ese buen hombre!—dijo en tono imperativo Graville al italiano. Este obedeció de mala gana, y Pacífico pudo alzar libremente la cabeza, creyéndose juguete de un sueño tan feliz como mentiroso.

Entretanto, Guillermo de Soles decía al de Graville:

—Mirad lo que hacéis, señor mío; hace mucho tiempo que vivo cerca de ese hombre, y no puedo aún alabarme de haberle conocido... Es verdad que es más sencillo que un niño; pero no lo es menos que sabe muchas cosas que ni vos ni yo aprenderemos nunca.

—Pero detesta á Jaime de Armagnac—replicó Graville.

—Sin embargo, ama á la duquesa Isabel y á su hijo Juan—replicó el escudero;—¡sí, les ama!... Ahora mismo recuerdo...

—¿Qué es lo que recuerdas?—preguntó Graville, á lo cual respondió con lentitud el de Soles:

—No sé; es una criatura incomprensible. Quizá

ha adivinado todos vuestros proyectos, cuya existencia no llegué siquiera á sospechar, yo, que frecuento vuestro trato desde larga fecha... La semana última le sorprendí dedicado á una ocupación extraña y que me pareció cruel. Tiré de la espada y le propiné tantos cintarazos, que acabé por hacer brotar sangre del cuerpo de ese hombre misterioso.

—¿Y qué ocupación era ésa?—interrogó con curiosidad Graville. El escudero prosiguió con un aire pensativo:

—Ahora que caigo en ello, yo atribuyo otra significación á esta tarea ó trabajo. Pasó la cosa en el cuarto del niño, quien lloraba y pedía clemencia. Pacífico tenía un punzón de acero en la mano, y cerca de él dos frascos, uno lleno de un líquido de color rojo y otro de un color blanco y argentado que me pareció ser una disolución de plata fina. Pacífico, con la ayuda de su punzón, había trazado ya algunas líneas en el costado izquierdo del duque Juan, casi sobre su mismo corazón. En mi arrebató de cólera no me fijé apenas en la forma del dibujo; pero ahora el haber elegido aquellos dos colores y la forma del dibujo no me dejan ya la menor duda, era el escudo de fondo de plata con un león de gules lo que el hermano Pacífico bosquejaba sobre el pecho del último Armagnac.

—Tenéis razón, Mosén—dijo una voz detrás del escudero;—era precisamente el escudo de Armagnac lo que yo grababa el otro día en el pecho de mi discípulo.

El preceptor se había ido acercando sin ser observado. Ya no temblaba. Guillermo de Soles, sorprendido, requirió la espada, pero Graville le detuvo la mano con cierto aire de superioridad y dijo á Pacífico:

—¡Acércate!

Pacífico obedeció.

—¿Por qué dibujabas en el pecho de tu discípulo el blasón de los señores de Armagnac?

El pedagogo dejó pasar algunos instantes sin responder, pero dijo al cabo:

—Hay personas que obran de tal ó cual manera, porque su locura les inclina á ello.

—Pero esas personas no hablan como lo haces tú ahora, buen hombre—interrumpió Graville;—créeme, responde con franqueza: ¿por qué dibujabas el león de Armagnac en el costado de tu joven señor?

Pacífico volvió la cabeza á un lado y á otro, como si buscara por dónde escaparse; luego balbuceó con voz entrecortada y temblorosa:

—Yo no soy más que un pobre desgraciado, Monseñor. Vosotros los fuertes y los valientes, así que os veis ultrajados, no tenéis que hacer más que levantar la mano para que se vea cumplida vuestra venganza; yo no me he vengado nunca, á pesar de que se me ultraja con frecuencia..., y no sé si comprenderéis esto, Monseñor; cuando se reprime siempre la cólera sin darle ningún desahogo, acaba por producirse una herida en el fondo de la memoria.

Pacífico levantó un poco la cabeza y dijo llevándose la mano al corazón:

—Sí, aquí hay memoria para el bien y para el mal. Vos, Monseñor, que os halláis tan por encima de mí, ¿no creéis tal vez que el hijo debe responder también de los actos de su padre? Esta es la ley de Dios, pues todos sufrimos el castigo del pecado original.

La cabeza triste y pálida de Pacífico iba irguiéndose como á pesar suyo, y su voz se volvía grave. Guillermo de Soles, que creía conocerle, le escuchaba con una sorpresa que iba cada vez en aumento. En cuanto á Thibaut de Ferrières y el italiano, se acercaban atraídos por la curiosidad.

—Eso es natural—prosiguió Pacífico;—el hijo he-

reda, y la herencia lo abarca todo: los tesoros y las deudas. Pues bien, Monseñor: la vida es larga, y en su transcurso he visto á los hombres cambiar á veces de fisonomía y de nombre. He grabado el león de Armagnac en el pecho de mi discípulo, porque quiero reconocerle siempre, dentro de cincuenta años si Dios me conserva la vida, y quiero reconocerle lo mismo que le veo ahora, con toda seguridad y certeza.

Pacífico estaba enhiesto, levantándose su cabeza sobre los cascos de hierro que le rodeaban. Los cuatro caballeros cambiaron una mirada de inteligencia; parecían que trataba de hacerse una puja en el mercado de la traición.

—¿Es para vengarte?—preguntó con vehemencia Olivier de Graville, fijando sus ojos en el preceptor.

Las anchas pupilas de este último brillaron de improviso, abrió la boca, asomó á sus labios una palabra que no llegó á ser articulada, y acabó por callarse, inclinando la cabeza por toda contestación.

—A la verdad—dijo Tarchino en voz baja al de Graville,—habéis hecho perfectamente dejando vivo á ese hombre: tal vez se presente ocasión de sacar algún partido de él.

Un toque de cuerno de caza, semejante al que antes había hecho oír Thibaut, resonó á lo lejos. A lo que se pudo apreciar, este sonido procedía del lado del río en la dirección del Prado de los Clérigos.

—¡A caballo!—gritó Olivier.—He aquí llegado el momento de ganar ó perder la partida.

—En cuanto á ti, buen hombre—añadió tocando á Pacífico en el hombro,—vé á esperarme al palacio de la Marche... Verás cómo no es preciso vivir cincuenta años para ver saltar de gozo el corazón. Si anhelas venganza, la obtendrás, y bien cumplida.

Esto dicho, internóse el primero en la selva. Thibaut y el italiano le siguieron á escape y Guillermo

de Soles se detuvo, preguntando con vehemencia á Pacífico:

—¿Conque eres tú enemigo de los Armagnac?

—¿Y vos, señor, qué sois?—dijo aquél eludiendo la respuesta.

—¡Vamos, Guillermo de Soles, vamos!—exclamaba Olivier desde el bosque,—los que no están conmigo están contra mí.

Guillermo empujó bruscamente á Pacífico, que estuvo á punto de caer, y montando á caballo acabó por lanzarse á la carrera á través del soto.

Pacífico se quedó solo completamente y escuchaba el galope de los cuatro caballos, que se alejaron en medio del silencio de la noche.

El pedagogo dió algunos pasos para alejarse de aquel sitio; pero así que llegó á la espesura del bosque tuvo que apoyarse en el tronco de un árbol. Así permaneció por espacio de algunos minutos, inmóvil y con la cabeza reclinada entre las manos; luego la sacudió tan bruscamente, que sus espesos cabellos le fustigaron el rostro.

Era un ser que estaba ya por encima, ya por debajo del resto de la especie humana; los que se burlaban de él tenían razón, era un tipo grotesco; los que le temían tampoco se equivocaban, podía ser terrible.

—¡Mis hijos, mis hijos, mis hijos!—exclamó por tres veces.—¿Por qué estoy yo aquí pensando en otra cosa que en mi hijo, que va á empezar hoy su carrera de mártir? No, yo no quiero pensar más que en ellos, que son mi sangre y la sangre de mi santa Marión; no quiero amar á nadie más que á ellos; ¡pobres hijos, pobres hijos!

El fulgor de la luna que penetraba á través de las ramas iluminó su semblante huesoso, que la palidez del astro nocturno hacía parecer más lívido. En sus facciones se veía impreso un desaliento lleno de

amargura y una especie de remordimiento indescribible.

La idea de sus hijos no pudo prevalecer, sin embargo, sobre otra idea que le dominaba. Un instante después salieron de sus labios palabras incoherentes que no se referían á aquellos pedazos de su corazón.

El aire traía mansamente esos vagos rumores de la noche, que son como la respiración de la naturaleza dormida. Pacífico escuchaba, pero nada llegaba á sus oídos como no fueran los balidos de las ovejas de los rebaños que entraban en la Abadía de San Germán, ó el susurro de la brisa que resbalaba entre las hojas.

—¡Mi hijo, oh, mi hijo!—exclamó en uno de esos transportes que interrumpían, á lo mejor, la sucesión de sus ideas, equiparándole á un loco;—mi hijo no será tan débil ni tan cobarde como yo; mi hijo sabrá, con el tiempo, manejar una espada, ó le estrangularé con mis propias manos.

Calló de pronto y aplicó el oído. El sonido de un tercer toque de cuerno, tan débil que casi se confundía con los rumores nocturnos, pasó por encima de su cabeza. Casi al mismo tiempo se oyeron las fuertes pisadas de un caballo, chocando con los guijarros de un sendero vecino, y una voz aguardentosa rompió á cantar en medio de la obscuridad la siguiente copla:

Perina, Perina mía,
Lon li, lon la,
La deri, la deridera,
Perina, Perina mía,
¿Dónde está tu corazón?

—¡Es Jerónimo!—murmuró el preceptor mientras volaba á través de los matorrales para ganar el sendero del bosque.

Jerónimo Ripail, el mercenario de Armagnac, ha-

bía soltado las riendas sobre el cuello de su caballo; éste andaba al paso y aquél cantaba desafortadamente:

¿Dónde está tu corazón?
Perina, Perina mía,
Lon li, lon la,
La deri, la deridera,
Perina, Perina mía,
¿Necesitas un señor?

—¡Jerónimo!—llamó muy quedo el hermano Pacífico, que acababa de llegar á la vereda.

El soldado interrumpió su canto, detuvo su caballo y balbuceó estas palabras:

—Me parece haber oído la voz de un mochuelo, á menos que no haya sido la de mi primo Andeol, de esa misera criatura. Vamos, acércate, roedor de pergaminos. Hubiera preferido dar con un mochuelo, al cual habría ahuyentado removiendo las matas, en tanto que á ti no habrá más remedio que convoyarte en la grupa hasta el castillo.

—Mi querido primo—respondió Andeol,—eso sería ciertamente una obra de caridad, porque me hallo fatigadísimo; por otra parte, quisiera también conversar un rato contigo.

—¿Y crees tú, por ventura, que me divierte mucho tu conversación?—repuso Jerónimo.—¡Vamos, subel

Y le tendió el pie para que Pacífico intentara inútilmente encaramarse en la grupa del caballo. Viendo que nada conseguía, añadió el mercenario con aire de profunda convicción:

—¡Será posible, Dios mío, que haya en la misma familia un hombre de mi calidad y un mamarracho como tú! Tu padre y mi madre eran hijos del mismo abuelo; por tus venas circula sangre mía; pero estoy bien cierto de que la han mezclado con alguna droga de las que convierten la buena crema en leche cortada.

Pacífico trataba inútilmente de montar, y decía de buena fe:

—Es verdad, primo mío; felizmente para vos no nos parecemos en nada.

Sin duda para recompensarle por su modestia, Jerónimo Ripail alargó una mano, y asiéndole de la piel del pescuezo, como si fuera un gato, le encajó detrás de sí en la grupa de su jamelgo.

—¡Gracias á Dios!—dijo el soldado, sin que aquel esfuerzo hubiera llegado á alterar su desahogada respiración.—Yo me he adjudicado todo el vigor, toda la valentía y todo el genio de nuestra parentela. Pégate como una oblea en mi coraza y hazte el muerto.

Pacífico obedeció; Ripail puso piernas á su corcel, que tomó un trote corto, y entonó con toda su alma la tercera estrofa de su canción favorita.

—Mi excelente primo—murmuró con timidez el pedagogo así que cesó el canto.

—¡Luego!—dijo el soldado con aspereza.—Te aconsejé que te callaras, y no me gusta que se desprecien mis avisos.

—Es que tengo que proponeros un buen negocio, primo mío.

—Veamos qué negocio es el tuyo.

—Me parece recordar que acariciabais el deseo de llevar grabado en vuestros brazos un corazón con llamas, según costumbre de los arqueros escoceses que el rey Luis XI tiene á su servicio.

—Eso es verdad—respondió Ripail.—Tú me habías prometido encender tus hornos y alambicar tus drogas hasta tanto que encontrases el licor que marca sobre la piel líneas indelebles. ¿Has adelantado algo en tu empeño?

—El líquido lo he descubierto ya, primo mío.

—¿Es cierto?—preguntó alborozado Ripail.—Pues bien: dime ahora qué es lo que vas á pedirme... Me

he bebido ya toda la paga de la semana que viene, y sólo me restan dos *liards* (1).

—Yo—replicó Pacífico—poseo aún una rosa noble de Inglaterra, primo, la cual, pesada, vale por lo menos veinte sueldos de oro fino.

—Entonces, ya que estás tan rico, puedes grabar me gratis los dos corazones inflamados.

—Más que eso haré, mi buen primo; os pintaré los corazones con magníficas llamas, y además voy á regalaros la rosa noble de Inglaterra.

El valentón hizo un brusco movimiento sobre la silla y miró de hito en hito el rostro cárdeno del pedagogo.

—¿Pretenderías, acaso, burlarte de mí?

—Dios no lo permita; lo único que quiero es recompensar el trabajo que tendréis esta noche.

—¿Y qué trabajo es el que me espera hoy?

—Si queréis prestarme vuestra ayuda—repuso Pacífico—os conduciré al aposento de nuestro joven señor el duque Juan, á quien he empezado á bosquejar en el pecho el escudo de su casa.

—En efecto, algo he oído de esa historia. Guillermo de Soles te pegó por eso una buena paliza, hasta hacer manar sangre de tus riñones. Y... ¿sabes tú que es bastante humillante para mí tener un pariente que se deja azotar como un rocín? Pero, dime, ¿por qué diablo quieres marcar así á nuestro joven señor?

—Sólo para hermosearlo, primo...; pero yo no tengo más que dos brazos, y éstos no valen, que digamos, gran cosa. Mientras yo trabajo, el niño llora, le oyen, acude gente y me vapulean. Si estuvierais allí para amordazar al duquesito y mantener cerrada la puerta, entonces...

(1) Pequeña moneda de vellón en Francia, más pequeña que el octavo castellano.

—¿Llevas ahora encima la rosa noble?—interrumpió Ripail.

—Sí, primo, constituye toda mi fortuna; así es que no se aparta un punto de mí.

—Dámela, pues, y trato cerrado,

Pacífico metió la mano en el bolsillo de su menaguada sotanilla, sacó de ella la pieza, cuidadosamente guardada dentro de un saquito, y la alargó al soldado. Este tomó la moneda, echóla al aire y la cogió al vuelo, á pesar de la obscuridad de la noche. En seguida volvió á entonar con mayor entusiasmo su canción:

¿Necesitas un señor?
Perina, Perina mía,
Lon li, lon la,
La deri, la deridera...

En esto llegaron al punto en que la carretera real pasaba entre el figón de la Amapola y el castillo de la Marche. El figón había ya apagado sus luces y cerrado los postigos de sus ventanas. El castillo, por el contrario, resplandecía atestado de lámparas y antorchas; en la cúspide de las garitas ardian fuegos que iluminaban los pliegues blancos y rojos de la bandera de Armagnac; veíase á los hombres de armas pasear alegremente por los glasis y baluartes, y no había una sola ventana que no estuviera alumbrada.

En el momento mismo en que el intrépido soldado Ripail y su pobre pariente llegaban, los de guardia en la puerta bajaron el puente levadizo para dar entrada á Guillermo de Soles, que regresaba del país de Noyon con noticias para la duquesa. En tanto que todo el mundo se precipitaba en torno del cucudero, Jerónimo Ripail y el hermano Pacífico dieron penetrar sin ser vistos, dentro del cuarto que descansaba el heredero de Armagnac.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

VI

EL PAJE HUGUET

Eran poco más ó menos las nueve de la noche, y merced á las buenas noticias que fueron llevando sucesivamente Nicolás, el arrogante correo, el escudero Guillermo de Soles y otros muchos emisarios, esperábase de un momento á otro la feliz llegada al castillo de Jaime de Armagnac, duque de Nemours.

A decir la verdad, ninguno de los jinetes recién llegados de Noyon había dado explicaciones categóricas y precisas acerca del resultado del proceso; pero todos habían entrado gritando: ¡buena noticia, buena noticia!; así es que desde la duquesa Isabel hasta el último servidor de la Marche no había una sola persona que abrigara la más leve inquietud.

El vino manaba á chorro en las bodegas; enormes empanadas perfectamente dispuestas estaban saciando el apetito ó la voracidad de los vasallos, los guerreros y los servidores del castillo, y resonaban por todas partes los cantos de triunfo interrumpidos tan sólo por los frecuentes brindis y libaciones.

La duquesa Isabel hallábase sentada en el trono que cubría el testero del gran salón del palacio de la Marche. Un sillón vacío al lado del de la duquesa estaba esperando la llegada de Jaime de Armagnac. Isabel había cumplido veintidós años, y hacía más de cinco que estaba casada con el de Nemours. Los más poderosos magnates de la corte de Francia y muchos de los más nobles señores del extranjero se habían disputado su mano con empeño; todos los poetas de entonces habían pintado la dulce fascinación de su sonrisa, y en casi todos los

torneos de Europa se habían roto lanzas en honor de sus ojos bellos, dulcísimos é incomparables.

Un momento hubo en que se sospechó que Mosen Olivier, señor de Gravelle, el más cumplido guerrero, según se decía, y el cortesano más gallardo y apuesto de Francia, acabaría por triunfar de todos sus rivales; pero en esto se presentó Jaime de Armagnac, que había permanecido cautivo dos años en Inglaterra, y su sola presencia bastó para enamorar á Isabel. En una justa que se celebró en París durante la ausencia de Luis XI, Armagnac, por dos veces, lanzó fuera de la silla á Olivier, y se murmuraba que, al verse Gravelle vencido y humillado, había tratado de tender una celada de mal género á su afortunado rival, quien no tuvo reparo en castigarle con el puño de su espada. Habían transcurrido desde esto más de cinco años, y no obstante, Olivier llevaba aún en la frente la huella del pomo de aquella espada que remataba en una flor de lis, según hemos dicho ya á nuestros lectores.

Pero la herida que Gravelle llevaba en el corazón era aún mucho más profunda que la que deslucía su frente.

Jaime é Isabel se amaban con ternura. Los poetas de aquel tiempo decían, aludiendo al escudo de Armagnac, que la hermosa duquesa había cortado las uñas al león.

Y cuando el león, arrogante y altivo, suaviza su vigor y su rudeza en obsequio de una beldad, es preciso que ésta le corresponda amándole con sin igual vehemencia. Así sucedió con Isabel, por lo que, durante los años larguísimos que el duque de Nemours pasó encerrado en el calabozo ó jaula de hierro invención de Luis XI, la duquesa no cesó de implorar un solo instante la clemencia del rey. Al propio tiempo consolaba á su esposo cautivo escri-

biéndole cartas (algunas de ellas se conservan aún) que respiraban una ternura sublime.

En el momento que nos ocupa, cuando todas las dificultades estaban vencidas, la duquesa Isabel olvidaba sus crueles sufrimientos y borraba las huellas de su llanto con una sonrisa de felicidad; era joven aún y hermosa, como el día de bendita memoria en que Jaime de Nemours la condujo al pie del altar.

Era una preciosa hija del Mediodía de Francia, de facciones nobles y delicadísimas, de encantadora palidez y animada por el brillo deslumbrador de dos inmensos ojos negros.

Los que habían visto suelta su blonda cabellera, aseguraban que podía con ella cubrir todo su cuerpo; su talle era esbelto y distinguido, y cuando descubría las perlas de su boca, los trovadores la comparaban á la divinidad más hermosa de la mitología.

El gran salón del palacio de la Marche, adornado según el más puro estilo gótico con elegante magnificencia, ostentaba en los capiteles de sus columnas los escudos de las Casas enlazadas con la de Armagnac. Veíanse allí los blasones de todos los grandes vasallos del rey, pues eran muy pocos los príncipes que no estuvieran emparentados con el poderoso duque de Nemours. Encima de la puerta principal, los atributos de la Marche y de Armagnac confundidos, descomponían y reflejaban los rayos de la mágica luz de las arañas y de los candelabros, que con esplendidez y profusión alumbraban aquella estancia riquísima.

—¿El caballero de Soles no vendrá personalmente á comunicarnos lo que ocurre en la carretera de Noyon?—dijo la duquesa Isabel.—Oyéndole hablar de mi buen esposo, me parece que aguardaría con menos impaciencia su llegada.

—Guillermo de Soles—replicó una dama de la duquesa—está ahora dando sus instrucciones al jefe de la casa; es preciso que la fiesta sea deslumbradora, y el banquete opiparo y digno del acontecimiento que se solemniza. Guillermo asegura que nuestro señor no puede ya tardar mucho en estar aquí.

—¡Bien!, ¡que prosiga su tarea!—replicó la duquesa, entregándose otra vez á sus sueños de felicidad;—sí, es preciso que el festín sea deslumbrador, es necesario que todo el mundo se regocije con nosotros tomando parte en nuestra dichosa alegría.

En tanto que así se expresaba, pudo notarse que una tenue nube de melancolla vagaba sobre su tersa y hermosa frente.

En medio del silencio profundo que siguió á las últimas palabras de Isabel, oyóse un débil quejido. La duquesa, sobresaltada, escuchó con atención, y exclamó:

—¡Mi hijo! ¿En dónde está Juan de Armagnac? No le he visto desde hace mucho rato.

—A estas horas—respondió la camarista—nuestro joven señor suele descansar en su aposento.

—El hermano Pacífico ha estado ausente todo el día—respondió Isabel frunciendo las cejas;—el niño se ha quedado solo...; no quiero que mi esposo y señor pueda decirme que he descuidado la vigilancia de su hijo.

Afortunadamente no podía dirigirse acusación más injusta, puesto que no ha habido en el mundo niño más querido y mimado que el pequeño Juan de Armagnac.

En aquel momento oyóse un segundo grito. El rostro de la duquesa se cubrió de una palidez mortal, y esta vez cundió la alarma entre las camareras que estaban allí reunidas.

Sólo un corredor separaba el cuarto del heredero de Armagnac del gran salón del castillo. Abrióse

de súbito la puerta del aposento, y á través de la obscuridad que reinaba en la galería vióse un hombre vestido de soldado que huía á todo correr. Casi al mismo tiempo el niño Juan penetró en la sala grande, arrojándose en el regazo de la duquesa con los ojos bañados de lágrimas.

—¡Oh madre mía!—balbuceó con un acento casi ahogado por los sollozos.—¡Me han hecho daño!

La duquesa levantóse cuan alta era y sus irritados ojos buscaron al atrevido que había puesto la mano sobre el primogénito de Armagnac. Su mirada se fijó en el hermano Pacífico, que desencajado y trémulo estaba de pie en el mismo dintel de la puerta.

No es él—murmuró la duquesa,—no es él quien ha pegado á Juan de Armagnac.

—Sí, madre—exclamó el niño indicando con su pequeña mano al pedagogo,—él es, y también el soldado Jerónimo.

—Y no es ésta la primera vez—añadió Guillermo de Soles, que acababa de entrar en el salón.

Esto dicho, agarró al pedagogo por el cuello de su sotana, arrastrándole á los pies de la indignada duquesa. Al verle tan cerca de sí, el niño Juan hizo un gesto de terror, y ocultando su cabeza en el regazo de su madre, exclamó:

—¡Madre, madre mía!, va á pincharme otra vez el pecho.

—¿Quién es, pues, este hombre?—murmuró Isabel mirando estupefacta al de Soles.

La mirada de Pacífico trató de luchar un momento con la mirada de Soles, pero sus pupilas se apagaron vencidas.

Guillermo abrió la túnica de terciopelo que cubría el pecho de Juan de Armagnac, y púdose ver entonces que la camiseta bordada del niño tenía manchas sanguinolentas húmedas todavía.

La duquesa abrió con sus manos convulsas la camisa, y prorrumpió en un alarido de dolor al notar en el costado de su hijo, en el lugar del corazón, una llaga extensa y viva.

Ese género de marcas ó divisas, que estaban en aquella sazón muy en uso en el Norte de Inglaterra, y que aun hoy se conservan en boga en nuestros ejércitos, no adquieren forma y color sino después de algunos días; en el acto de la operación producen sólo el efecto de una herida sangrienta y repugnante. Al ver la de su hijo, la duquesa Isabel creyó que le habían querido asesinar.

—¡Quiera Dios, señora—dijo con tristeza fingida Guillermo de Soles,—que no tengáis que deplorar hoy una desgracia mayor!

Era ésta la primera palabra fatídica que se pronunció en aquella velada de fiesta y regocijo, y, sin embargo, ya había penetrado un frío glacial en el fondo de todos los corazones.

Algunos minutos antes la luna brillaba alegremente en medio de un cielo tachonado de estrellas; ahora el firmamento estaba encapotado y sombrío, y el aquilón precursor de la tempestad, entraba impetuosamente por las abiertas ventanas del salón.

Habían cesado las canciones y la alegre algazara de los vasallos y servidores del castillo, porque las personas llegadas últimamente habían dicho que ocurría algo extraordinario en las inmediaciones de París. Oíanse sonar cuernos de caza en el interior de la selva, habíanse visto relucir cascos y corazas á través de las ramas de los árboles, asegurábase que estaban apostados muchos hombres de armas á lo largo del río hacia el Prado de los Clérigos, y, por último, el cadalso destinado á decapitar á los nobles se levantaba imponente en el patio de las Halles (el mercado), delante del cementerio de los Inocentes.